

Primer domingo de Cuaresma B2024

El primer domingo de Cuaresma nos recuerda que la vida es como un campo de batalla lleno de minas, intimidaciones y amenazas del enemigo. Minas, amenazas e intimidaciones son lo que llamamos tentaciones. Tentaciones son casi inevitables. Hay muchas de dentro y algunas de fuera.

Aunque las tentaciones sean desagradables, también pueden ser una oportunidad desde la cual podemos demostrarnos a nosotros mismos como somos fuertes. Las tentaciones nos preparan para ser mejores guerreros de Dios. Es como un soldado que tiene que sufrir un entrenamiento difícil y una dura disciplina para poder cumplir bien con su deber. Cuando el entrenamiento y la disciplina están bien asimilados, lo hacen bien equipado y listo para el momento del combate. Cualquiera que sea la ira o la fuerza del enemigo, está seguro de que, estando bien preparado, podrá vencerlo.

En esta lucha no estamos solos. Dios está siempre con nosotros para que no seamos aplastados por el enemigo. Jesús está con nosotros; él pelea con nosotros; él nos sostiene y quiere que vivamos. Con la ayuda del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, podemos vencer todo el poder del mal. Así, cualquiera que sea el fuego que el enemigo envíe contra nosotros, tenemos la seguridad de que triunfaremos.

Podríamos haber sido heridos en la lucha de la vida, pero a pesar de esto Dios quiere que sobrevivamos. Se puede que hayamos fracasado en nuestra batalla y en nuestros compromisos en este camino de la vida, pero Dios siempre nos da una segunda oportunidad para empezar de nuevo. Sí, podemos levantarnos de las cenizas y el polvo de nuestra miseria y fracasos. Los errores y fracasos son parte del viaje humano, pero el viaje no ha terminado; todavía está ante nosotros. La Cuaresma es un tiempo de segunda oportunidad, según la promesa hecha a Noé de no destruir más a las criaturas de Dios a causa del pecado. La Cuaresma es una oportunidad que Dios nos da para retomar nuestra lucha contra el enemigo.

Nuestro éxito en este viaje de la vida depende de cómo reaccionamos al mensaje de nuestro Señor. Nuestro Señor conoce las dificultades de la vida humana y las tentaciones nos enfrentamos. Fue tentado en el desierto; pero triunfó del maligno. Si lo escuchamos y lo seguimos, también podremos triunfar sobre nuestras tentaciones.

El llamado de nuestro Señor en el Evangelio de hoy es muy claro: “se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca. Arrepiéntanse y crean en el Evangelio”. La palabra “arrepentirse” implica dos actitudes: arrepentimiento y cambio. Por ejemplo, nos arrepentimos de conductas mediante las cuales hemos lastimado a alguien, ya sea que lo hayamos hecho intencionalmente o no. Sin embargo, no podemos limitarnos a un simple arrepentimiento por el mal cometido. También tenemos que tomar acciones que nos lleven al cambio. El cambio aquí toma la forma de una firme resolución de evitar tales comportamientos en el futuro. El arrepentimiento por sí solo no es arrepentimiento. El arrepentimiento sin resolución no cambia nada; Resolver sin arrepentimiento carece de motivación.

Entonces, entendemos que el arrepentimiento significa ante todo un cambio radical de nuestra forma de vivir, de pensar y de ser. Tiene que ver con abandonar los pecados y vivir según los mandamientos de Dios. La mayoría de las veces la gente confunde el dolor por las consecuencias de los pecados y el dolor por los pecados. Muchas personas se arrepienten de las consecuencias que les traería su pecado en lugar de arrepentirse del pecado en sí. Si, por ejemplo, estuvieran seguros de que podrían escapar de las consecuencias, supongo que la gente ciertamente cometería el mismo pecado una y otra vez.

Pero lo que nuestro Señor quiere es un odio real al pecado y un amor sincero a los mandamientos de Dios. De la misma manera, cuando nuestro Señor nos invita a creer en la Buena Nueva que trae, quiere que confiemos en su palabra y creamos que Dios es realmente tal como nos dice. Quiere también que confiemos en él cuando nos dice que el amor de su Padre por nosotros es tan grande que es capaz de perdonarnos y darnos una nueva oportunidad de vida.

El arrepentimiento es una condición necesaria para recibir la salvación, porque si no alineamos nuestro corazón y nuestra vida con la ley y las exigencias de Dios, no podemos tener ninguna relación con él. El arrepentimiento de los pecados es tan importante que al comienzo de cada Misa se nos exhorta a pedir perdón a Dios por nuestros pecados para que seamos dignos de celebrar los sagrados misterios. Cuando se acerca el momento de la Sagrada Comunión, hacemos lo mismo pidiendo nuevamente a Dios perdón por nuestros pecados para que el Señor entre en el techo de nuestro corazón.

¿Por qué la Iglesia insiste tanto en el arrepentimiento en Cuaresma? La razón es muy simple: estamos rodeados de muchas cosas positivas y negativas en este mundo. Las cosas buenas y positivas nos traen mucha felicidad y satisfacción cuando las disfrutamos y las utilizamos para nuestro beneficio. Pero también hay cosas malas y negativas que ejercen tal atracción sobre nosotros que muchas veces somos tentados a abandonar los caminos de Dios y su justicia.

Sabemos por experiencia que el bien que queremos hacer no siempre es lo que hacemos en nuestra vida. A veces nos sorprende darnos cuenta de que incluso cuando queremos hacer el bien a los demás, nos guiamos por intereses egoístas. Como es fácil recitar los mandamientos de Dios, pero es más difícil observarlos y ponerlos en práctica.

Ante tal realidad, el primer domingo de Cuaresma nos recuerda que estamos en una lucha contra el mal. No es porque estén sucediendo cosas positivas y buenas a nuestro alrededor y en el mundo que el mal ha dejado de existir. La prueba que tenemos al respecto es la vida del mismo Jesús que luchó en el desierto con Satanás mientras era tentado y empujado a abandonar los caminos de Dios y obedecer al enemigo.

Pero Satanás no triunfó sobre él. Al contrario, nuestro Señor tuvo victoria sobre él por su obediencia al Padre y por usar el poder de la palabra de Dios, por ayunar y orar al Padre. Aquí tenemos una buena noticia de que, como nuestro Señor, también nosotros podemos vencer cuando lo tenemos a nuestro lado.

Renovemos nuestra alianza con Dios como lo hizo Noé en aquel tiempo de destrucción de las criaturas de la tierra. La Cuaresma es un tiempo para que todos renovemos nuestra fidelidad al Señor, para recuperar nuestro lugar en el arca de su Iglesia y vivir bajo su arco iris. La Cuaresma nos abre la puerta para entrar una vez más al arca. Quedarnos fuera del arca es exponernos a innumerables peligros que pueden destruirnos. Nuestra seguridad y nuestra supervivencia dependen de cómo seamos capaces de volver a entrar en el arca.

Génesis 9: 8-15; 1 Pedro 3: 18-22; Mark 1: 12-15



Fecha de la Homilía: el 18 de Febrero 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240218homilia.pdf